

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Jueves, 22 de Octubre de 2009



Una imagen vale más que mil palabras. Es cierto. Todos tenemos una imagen en nuestra mente que, en mayor o menor medida, puede resumir una etapa de nuestra vida, sino toda ella. Son instantes inolvidables. A veces, no solo para el que los experimenta, sino que cobran otro significado a los ojos de los demás, de otras personas que también sienten lo significativo de esa imagen. La imagen no es igual para todos, y sin embargo, sigue siendo la misma. El significado de una imagen va más allá de lo perceptible a simple vista. Nuestra mente, nuestro interior descubren la verdadera imagen, el verdadero significado de lo que se está viendo. Además, si nuestra mente sabe de antemano algunos aspectos, o datos que puedan cerrar el círculo interpretativo de ese instante, podemos comprender el momento reflejado con su significado completo. Porque una foto, una imagen es solo eso: un momento, un instante, un símbolo, una sensación. Porque una foto, una imagen, no es solo eso, sino que también es la vida de un personaje, el devenir de un acontecimiento, un conjunto de vivencias, y una historia que contar. He querido que forme parte de nuestra serie sobre los mundiales de fútbol, una pequeña subserie sobre algunos de nuestros futbolistas, destacados en los campeonatos que disputaron. Podría hacerla sobre cualquier futbolista, pero he preferido que sean solo españoles, dado que podríamos prolongar la serie *sine diem* y esa no es mi intención.

Hoy comenzamos con la imagen de Andoni Zubizarreta. Concretamente, esa imagen pertenece al 24 de junio de 1998. Está tomada en el estadio Félix Bollaert de Lens, y la selección española jugaba su último partido de la primera fase contra la selección de Bulgaria. Zubizarreta mira al cielo mientras celebra el tercer gol de la selección, marcado por Fernando Morientes. En ese instante, España estaba clasificada para la ronda de octavos. Pero no dependía de sí misma. A esa hora, Nigeria y Paraguay empataban a uno en Toulouse. España necesitaba que Paraguay no ganase. En ese instante, a Zubizarreta se le pasa por la mente, sobre todo, otra imagen que no se había producido hacía mucho. Es ésta:



España acudía al mundial de Francia en 1998 con la vitola de favorita, cosa que no sucedía desde aquél lejano mundial de 1966, cuando el equipo era básicamente el mismo que había ganado la Eurocopa. Javier Clemente había renovado el equipo que heredó del desastre de 1992, cuando no pasó a la fase final de la Eurocopa, había realizado un buen torneo tanto en Estados Unidos como en

Inglaterra. La racha de partidos sin perder hizo alzarse al equipo de Clemente en la segunda posición del ranking FIFA. Pero la prensa, deseosa de que por fin el equipo español pudiera optar a algo grande, añadió más presión a medida que se iba acercando la cita mundialista. Y lo cierto es que España tenía un gran equipo, pero no tan fuerte como se gritaba en la prensa. Fue cabeza de serie en el sorteo, pero nada más.

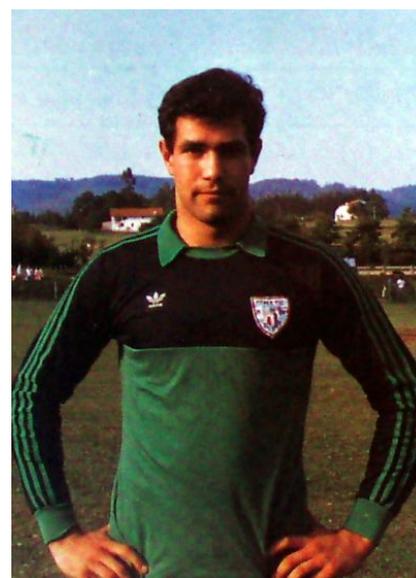
Esta imagen se corresponde con la debacle de Nantes, el 13 de junio de 1998, cuando España debutó contra la selección de Nigeria. Lawal centró desde la banda izquierda, y Zubizarreta, incomprensiblemente, estiró su brazo y alojó el balón en el fondo de la portería. A medida que el balón se alojaba en el fondo de la meta, su carrera como futbolista lo hacía en el fondo más amargo de todos: la vergüenza que se siente al saber que se acaba de hacer el más mísero de los ridículos. Zubizarreta ya no tenía edad para seguir siendo el portero titular de la selección. Eso lo sabía él y lo sabía Javier Clemente. Pero fue el propio Javier Clemente quien lo lanzó al estrellato cuando dirigía al glorioso Athletic de los años ochenta. Lo hizo debutar frente al Atlético de Madrid en el Calderón el 19 de septiembre de 1981, y encajó dos goles. Sin embargo, se afianzó como el guardameta titular del glorioso equipo que despegaría poco después.

Andoni Zubizarreta siempre tuvo en mente la imagen de Iribar, *el chopo*, el más grande de entre todos los guardametas bilbaínos. De hecho, su estilo y su imagen bajo la meta eran muy parecidas a las del añejo portero del Athletic. Iribar ganó varias ligas y varias copas con su equipo, aparte del título de 1964 con la selección española. Uno de los retos de Zubizarreta fue, desde que empezó a jugar, el de intentar igualar al gran Iribar. El equipo vasco hizo dos campañas excepcionales: las de 1982-83 y 1983-84. Fueron tan excepcionales, que la gabarra, el barco donde celebra sus títulos el Athletic, no ha vuelto a pasear la ría de Nervión. Zubizarreta se consolidó como uno de los mejores porteros del país. Mientras Zubizarreta mira hacia el suelo y quiere hundirse debajo de él, la mente le pone en bandeja la siguiente imagen:



Es la imagen de la plantilla que ganó la liga de 1983, y que en 1984 ganaría otra vez, y también la Copa. Zubizarreta es el jovencito que viste de negro y verde de los del centro, pero el más situado a la izquierda. Zubizarreta recuerda ese instante como único. El primer título de un jugador de fútbol debe ser, más allá del reconocimiento al trabajo bien hecho, más

allá de una sobredosis de euforia incontrolada e incontrolable, una forma de orgasmo deportivo. Es una imagen muy especial. Es la imagen del joven que ha triunfado en el equipo que lo vio nacer, en su tierra y lo ha llevado hasta lo más alto de las alturas. Esta imagen es la primera de las muchas que forjarán la leyenda de aquel equipo, y también, el primer paso hacia la gloria de Zubizarreta. Andoni la quiere retirar de su mente, y lucha con todas sus fuerzas para que suceda eso. Pero la mente le juega una mala pasada, y se empeña en retenerla. Ahora, aparece otra:



Esta imagen se parece muy poco a la que Zubizarreta gasta en 1998. Vemos a una persona en la plenitud de su juventud, con pelo lacio, sin canas, cuerpo atlético, y sin la típica expresión del veterano, esa en la que, a través del gesto facial podemos adivinar el peso de sus años como jugador. En ese momento, Zubizarreta espera un futuro grande, coronado en victorias y sin muchos sinsabores. Todavía no es el portero titular de la selección, pero sabe que va por buen camino. No tiene más expectativas que las de seguir una carrera profesional a lo grande. Pero sabe que en el Athletic no puede permanecer toda su vida. Quiere encumbrarse, y sabe que en su tierra no lo hará. Cuando termine la temporada de 1985-86, finalizará su trayectoria en el Athletic, precisamente, contra el equipo que le vio debutar: el Atlético de Madrid.

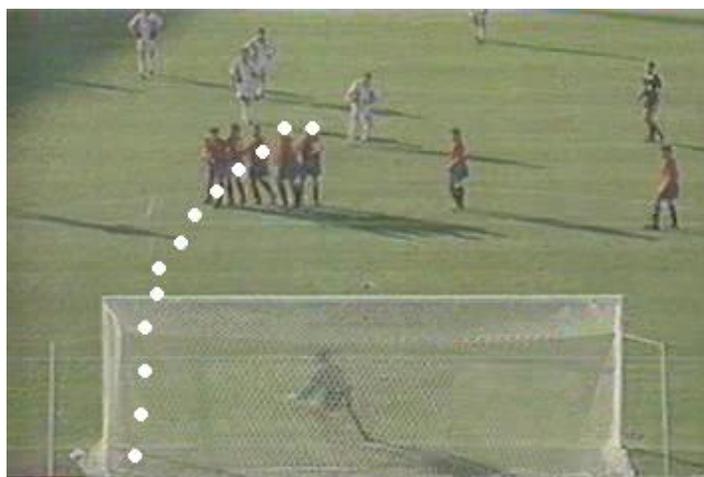
Zubi sigue intentando hundirse en el fondo del estadio Bollaért de Lens, no quiere levantar la cabeza, no puede porque sus recuerdos lo destrozan. Ahora recuerda su debut en la selección española, el 25 de enero de 1985 con un España 3-Finlandia 1. Una etapa vital de su vida sentía que se estaba acabando, una que había sido fundamental, la de su formación, y ahora llegaba la de su salto hacia lo alto, la selección y la búsqueda de un equipo más grande. Ahora la imagen ya es otra:



Es la imagen de su debut en el mundial de 1986, doce años atrás. Lo recuerda perfectamente. Quiere llorar, pero su miedo escénico se lo impide. Hubiera sido bueno para él hacerlo. Zubi recuerda el gol anulado a Michel contra el Brasil de Careca y de Sócrates, quien lo batiría por primera vez en un torneo importante defendiendo los colores nacionales. Recuerda que también tuvo un fallo garrafal en el gol que Irlanda del Norte metió en el segundo partido, pero que acabó con victoria española por 2-1. Pero sobre todo, recuerda el excepcional partido de Querétaro, del que hablaremos en otro episodio, y del desastre de Puebla. Allí, como en el instante que está viviendo (estamos en 1998, contra Nigeria), también quiso que la tierra se lo tragara. Contra Bélgica, un equipo, a priori, menos potente que el español, la selección solo pudo empatar. En la tanda de penaltis, Eloy falló el suyo, y Zubi no pudo atajar ninguno. La prensa le achacó que no era un buen portero porque no paraba ningún penalti. Zubizarreta no entró en la polémica, simplemente, fichó por un equipo grande: el F. C. Barcelona. Imagen que a continuación se le pasa por su cabeza:



Sigue siendo un portero joven, pero con ganas de triunfar. El Barcelona le proporcionará el encumbramiento definitivo que tanto tiempo lleva añorando. Ganará la Recopa de Europa de 1989, las ligas de 1991, 1992, 1993 y 1994, pero sobre todo, y es el momento más importante en la carrera de Andoni, ganará la Copa de Europa de 1992 en Wembley. Todos esos momentos pasan por la mente del Andoni herido en su orgullo, y se levanta como puede. Lens lo mira con una expresión a medio camino entre pena y admiración. Cuando se reanuda el partido, Andoni no es ya el mismo. Está abatido, derrotado y los ánimos de sus compañeros no parecen ser suficientes para hacérselos cambiar. Zubi se queda embozado justo mirando a la frontal del área. Sabe que desde ahí Koeman marcó el gol que le dio su copa de Europa. Pero también tiene una espina gorda clavada con esa parte del campo. Recuerda el mundial de 1990, en Italia. Recuerda el partido de Verona, de octavos de final, contra Yugoslavia. Y recuerda el golazo que le metió Stojkovic en el minuto 92, que dejó a la selección fuera del mundial. En el fondo sabe que era imposible de detener, pero parece darse cuenta de que siempre hay “algo” que no sabe muy bien identificar, pero algo que le hace ser compañero de la desgracia. La imagen era esta:



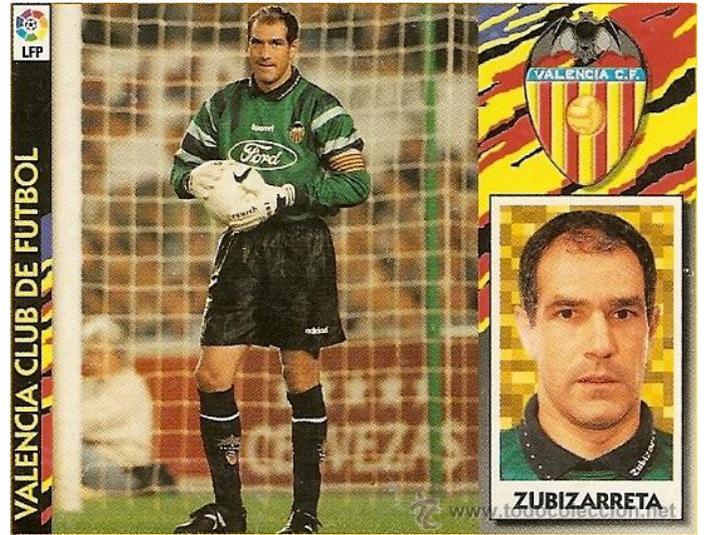
Sin embargo, y sin dejar de mirar a la línea frontal del área, también recuerda otra imagen que nunca olvidará. Justo cuando la selección de su amigo Clemente, donde más a gusto ha jugado Zubizarreta, parecía que iba a realizar un magnífico campeonato, en Estados Unidos, una desafortunada jugada culminada por Roberto Baggio en Boston, en el minuto 87 apeaba a España del mundial. Certificaba para entre sí, que la desgracia le había acompañado siempre en los mundiales que había jugado. La imagen era esta:



Eurocopa de Inglaterra, Zubi volvió a recibir las mismas críticas que tras el mundial de 1986, era incapaz de parar penaltis. Pero ese Valencia estuvo a punto de ganar la Liga de 1995-96. Después luchó por la UEFA con nota, y aunque ya no era el de hacía unos años, supo mantenerse como titular por delante del joven Palop. Su mente le proporciona otra imagen:

Zubizarreta fichó por el Valencia en 1994, donde vivió su ocaso como profesional. Una lesión a punto estuvo de dejarlo fuera del mundial de Francia, pero logró recuperarse a tiempo. En Valencia, ya no era el Zubizarreta de siempre, pero hubo un técnico, Luis Aragonés, que logró rehabilitarlo por completo. Tras la

Ese será el último cromo en que aparezca Zubizarreta. Tras ello, sólo quedará el mundial de Francia. Y Zubi sigue mirando la frontal. Sabe que volverá, que regresará su maldición por esa misma zona. Recuerda algo en lo que no había caído antes: resulta que ya en su primerizo mundial de 1986, también tuvo un error por una mala salida a la frontal del área. La imagen ya es nítida:



Ahora, Zubizarreta está seguro de que también morirá por la misma zona. Y allí es donde murió. Oliseh enganchó un balón que bajaba con nieve, y en la frontal, poco después del gol en propia puerta de Zubi, endosó un golazo que Zubi no pudo atajar. Era el final de un gran portero. Era el cierre definitivo a su carrera, que fue brillante tiempo atrás, pero que ya no era la misma tras el mundial de 1994. A Zubi lo echaron del Barcelona por haberse tragado dos de los cuatro goles que le endosó el Milan en la final de Atenas de la Copa de Europa de 1994. Nunca se le consideró como lo que era, un gran portero. Un gran portero que, a veces, también era humano.

Y regresamos a la primera imagen. Zubizarreta clama al cielo buscando una suerte que nunca encontró, que no encontró en ese instante, y que nunca le llegará. España venció por 6-1 a Bulgaria, pero Paraguay ganó 3-1 a Nigeria, y ahí quedó todo. Zubizarreta acabó su carrera de la peor manera posible: como uno de los culpables de la eliminación en Francia. El fútbol también es injusto. Y con Zubizarreta, lo fue.